

Anuario de EUSKO-FOLKLORESociedad de Ciencias Naturales **ARANZADI**

San Sebastián

Tomo XXII. - 1967 - 1968 - Páginas 179-187

RITOS FUNERARIOS DE ELOSUAPor *LUIS PEDRO PEÑA SANTIAGO*

Elosua es una pequeña aldea de la provincia de Guipúzcoa (foto A), y pertenece al municipio de Vergara. Situada a 560 m. de altitud, próxima a uno de los amplios collados de la sierra que va desde las cumbres de Irimo (898 m.) y Atxolin (864 m.) hasta la de Keseta-



Foto A

goiegua (847 m.), ha sido desde muy antiguo el paso obligado de comunicación entre los valles del Urola y del Deva (1).

Actualmente tiene carretera desde Azcoitia y Vergara, pero hasta hace cuatro años sólo se podía llegar a esta barriada, bien siguiendo la vieja calzada medieval o por los estrechos y empinados caminos que subían desde Aizpurutxo, estación de ferrocarril más próxima, a cerca de una hora de camino por monte.

La iglesia de Elosua es un templo de una sola nave, La torre es de caliza gris, de sillería, y los muros de mampostería. Posee un atrio cerrado muy rústico. En el interior de la parroquia destaca su altar mayor, barroco, con una talla de San Andrés, santo titular (2). A la izquierda se encuentra el altar de la Virgen del Rosario y a la derecha el de San José. Tiene coro de madera y pila bautismal.

Este templo no conserva restos que testimonien la indudable antigüedad del lugar, y se aprecia que ha sufrido distintas ampliaciones a lo largo de su historia. Las primeras partidas parece ser que datan de finales del siglo XV.

En el suelo, se respeta todavía la posición de las «sepulturas». Estas ya no son las verdaderas; pero, al realizarse las obras de arreglo y suprimirlas, se tuvo cuidado de marcarlas en el nuevo entarimado, pintándolas con rayas negras, formando rectángulos de 57 por 174 cm. Así, aún, cada caserío tiene su «sepultura», y quien vende la casa, vende la «sepultura».

En la parte anterior, o cabecera de cada sepulcro, delante de la silla donde se arrodilla la «etxeko-andre» (señora de la casa), se colocan todavía las «argizaiolak» (tablas de la cera), para ofrendar luz a los difuntos. Sus formas son muy variadas, y estas tablillas pertenecen a todos los modelos existentes en nuestra provincia; desde las de empuñadura (talladas), hasta las simples de ocho patas (4 a cada lado). Las de empuñadura tienen características muy propias dentro de los tipos conocidos en Guipúzcoa. En cada «sepultura» se ponen una a dos de estas maderas (foto B).

Las familias que has tenido un difunto, durante un año, ponen las «argizaiolak» sobre una tela negra que ocupa la cabecera de la «sepultura». Estas telas vienen a ser aproximadamente de 70 u 80 cm. de lado. A veces se ven tablillas sobre telas blancas, muy cuidadas, con

(1) Según el Nomenclátor del Inst. Nacional de Estadística. Madrid, 1963 (censo 1960), Elosua tiene 593 habitantes.

En la Geografía del País Vasco Navarro, tomo Guipúzcoa, págs. 12 y 76, se habla del castillo de Elosua y de su importancia en tiempos de Alfonso VIII de Castilla.

(2) Irigoyen, en su trabajo sobre iglesias y ermitas de Guipúzcoa (Anuario de Eusko-folklore 1934) dice que la iglesia de San Andrés, en la anteiglesia de Elosua, de Vergara, es dependiente de la iglesia de San Pedro, una de las parroquias de esa villa.

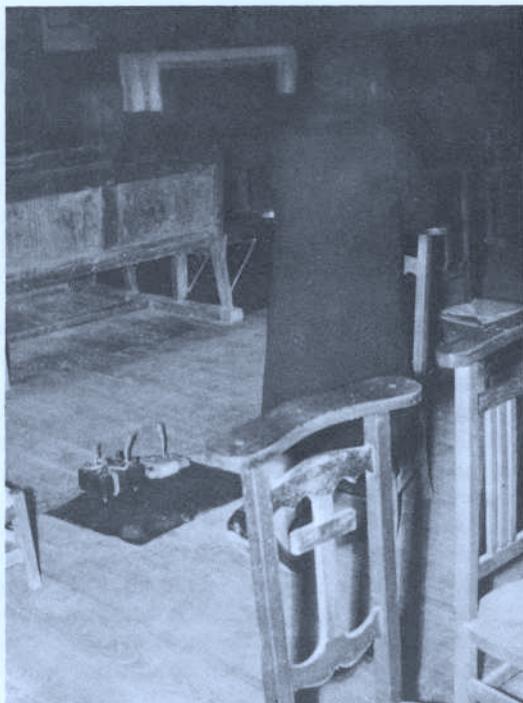


Foto B

bordados y puntillas. En Elosua se hace así a veces para distinguirlas de las tablas de las sepulturas próximas.

En la misa de los domingos, es la mujer, el ama de casa, quien se arrodilla sobre la «sepultura» representando al caserío. En algún caso todavía se puede ver a mujeres llevando largos velos negros, a los que se conoce por «mantinillea». La mujer que los lleva suele ser la esposa del difunto, o bien la vecina que representa a la familia en el funeral, arrodillándose en la «sepultura» del caserío al que pertenecía el difunto. Esta costumbre de los velos negros se va perdiendo en los últimos años.

Antes de comenzar la misa mayor de los domingos, la «etxekoandre» enciende la cera de las tablillas de su «sepultura», que ya arderán durante todo el oficio, y los que tienen algún difunto reciente, hasta que terminen los responsos que rezará el sacerdote, sepultura por sepultura, al final de la misa. Años atrás todas las casas tenían

responso todos los días del año; ahora únicamente la casa que tiene un difunto dentro del año ofrece responso todos los días de ese primer año.

Durante el ofertorio el sacerdote baja hasta el crucero acompañado por un monaguillo. Allí recoge la ofrenda de la «olatia» (panecillo) que lleva una de las mujeres de la casa donde ha habido un fallecimiento dentro del año. Esta mujer ha llevado el pan a la iglesia, dejándolo junto a la «argizaiola», sobre la tela negra («manta-beltza», en vasco), hasta el ofertorio. En este momento la mujer se levanta, recoge el pan poniéndolo sobre una tela que lleva en sus manos, y va hasta el sacerdote, besa el manípulo, y deposita la «olatia» en la «otarra» (cesto de mimbre, especialmente dedicado a recoger los panecillos de la ofrenda), que está allí puesta desde antes de comenzar la misa. Hay que hacer notar que la señora de la casa, la «etxeakoandre», durante ese primer año no se arrodillará en la sepultura de su casa, siendo representada en ella por otra mujer, familiar o vecina, que será quien encienda las velas y realice las ofrendas.

Hoy en día las casas que están de luto son las que llevan esta ofrenda de pan, como he dicho un poco más arriba. Lo hacen todos los domingos y durante un año. Hasta hace unos pocos años la ofrenda la hacían todos los caseríos y todos los domingos. Una de las causas más importantes de esta desaparición es el hecho de que ya no se siembra trigo («garea») en los caseríos de Elosua, y no se hace pan en los hornos caseros.

Cuando la misa termina, las mujeres que tienen «manta-beltza» (tela negra sobre la sepultura), permanecen arrodilladas. El resto de feligreses abandonan el templo. El sacerdote, acompañado por un monaguillo, se traslada hasta las «sepulturas» y va rezando los respuestas de una en una. Cuando termina el responso, la mujer permanece aún un rato orando por los difuntos, y finalmente apaga la luz de la «argizaiola» y se retira.

En los aniversarios anuales del fallecimiento de distintos miembros de la familia son muchos los caseríos que encargan los «Pater-nosterra» (Pater-norter) por sus antepasados. La limosna establecida actualmente por cada responso es de 2,75 pesetas. Se hizo así años atrás de acuerdo entre el párroco y sus feligreses. La cantidad lleva la siguiente distribución: una peseta para el cura, una peseta para misas, 0,37 cts. para el sacristán y 0,38 cts. para la «fábrica parroquial» (cuentas de la iglesia). Así se acordó y así se respeta todavía.

En torno a estos «Pater-nosterra» existe la siguiente y arraigada tradición: El caserío se rige por la ley del mayorazgo. Entonces, los hermanos que han tenido que salir del caserío y se han casado, que viven en otro caserío del mismo pueblo, o en cualquier otra población, pueden mandar al mayorazgo que se encargue de ofrecer en su

nombre un «pater-nosterra» por sus antepasados difuntos, en determinada fecha del año. El mayorazgo así lo hace, y él personalmente acude al sacerdote, lo encarga y paga lo convenido. Luego, al año, cuando se reúnen los hermanos a hacer las cuentas, es cuando los ausentes pagan al mayorazgo el «Pater-nosterra» que le habían mandado ofrecer.

Si en el caserío del mayorazgo vive o viven algunos hermanos o hermanas, solteros, o incluso siendo solteros residen en otra casa o población, éstos nunca pagan el «Pater-nosterra», ya que se considera que están representados por el mayorazgo, es decir, es como si los solteros, por el hecho de serlo, pertenecieran todavía a la casa.

El «Gorputz-bide» (camino del cuerpo), camino que sigue la conducción desde el caserío a la iglesia, aún se respeta en algunos casos, pese a que la construcción de carreteras y pistas a los caseríos van imponiendo nuevas costumbres. El «Gorputz-bide» es siempre el mismo camino, los porteadores no pueden salirse de él, y si lo hicieran, el nuevo lugar por el que pasaban concedía indefectiblemente servidumbre para siempre. Es así que durante generaciones se ha hecho respetar el «Gorputz-bide» primitivo establecido posiblemente hace siglos.

Confirmando lo dicho, me contaron lo siguiente: Hace pocos años quedó destruido por un incendio el caserío «Santegui», junto al que pasaba el «Gorputz-bide» de uno de los caseríos más lejanos de la barriada. A los días, el «etxeko-jaun» o «nagusi» (señor de la casa, dueño, amo) del caserío «Elormendi» se ofreció a que el «Gorputz-bide» de aquellos caseríos lejanos pasara en adelante por sus terrenos, con el fin de hacerles más corto el camino a la iglesia, abandonando el antiguo «Gorputz-bide» que pasaba por «Santegui» y que durante muchos años les había obligado, por respetarlo, a dar una gran vuelta por el monte, hasta alcanzar la iglesia.

Cuando el «Gorputz-bide» necesita arreglo se repara en «auzo-la», es decir, va a trabajar un representante de cada caserío de la barriada, y además sin cobrar nada.

La vecindad tiene todavía una gran importancia, sobre todo en caso de muerte. En estas circunstancias son los vecinos, «etxekonak», los encargados de llamar al médico, avisar al cura, al juez, preparar el entierro, etc. Mientras la familia no sale de la casa. En la conducción, con la construcción de pistas y carreteras, se ha comenzado a llevar el cadáver en coche, hasta la iglesia, pero todavía, como ya citaba al comenzar a hablar del «Gorputz-bide», existen casas que conservan la costumbre tradicional.

El orden de marcha es el siguiente: En primer lugar una chica joven, soltera y vecina («etxeikonak»), completamente enlutada, llevando sobre su cabeza una «otarra» (cesta de la ofrenda) que sostiene con la mano derecha. En el interior de la «otarra» un panecillo que servirá de ofrenda en el funeral. En segundo lugar, el sacerdote con el sacristán. En tercer lugar, el féretro, llevado en andas por cuatro «etxeikonak» (vecinos) varones. En quinto lugar, los parientes varones. En sexto lugar, el resto de los hombres, y finalmente las mujeres parientes y vecinas, enlutadas, y en fila india, es decir, de una en una. Cuando llevan el cadáver en andas, la conducción acostumbra parar en los caseríos que hay al paso del «Gorputz-bide». Los dueños de esos caseríos ponían hasta hace poco una mesa cubierta con una tela negra donde se depositaba el cadáver, para que descansaran los «etxeikonak». Entretanto, la dueña de la casa sacaba un vasito con agua bendita («ur-bereinkatue»), bendecida el día de Sábado Santo, y una ramita de laurel («erramue»), bendecida el Domingo de Ramos, y que el sacerdote usaba para los asperjes, después de rezar algunos responsos. Luego reemprendían la marcha hasta el caserío próximo.

En la actualidad, y siguiendo la costumbre antigua, el día del funeral el sacristán y un monaguillo suben a la torre de la iglesia y observan cuándo aparece la conducción. Entonces hacen sonar la campana cada medio minuto aproximadamente, hasta que la conducción llega a la parroquia. A este toque de campana le llaman «Il-campaya» (campana de muerto, toque de difunto).

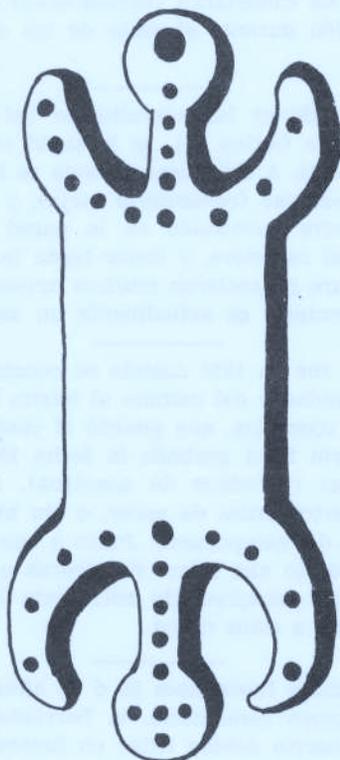
Antes, al llegar a la iglesia, se dejaba el cadáver en el atrio. Ahora se le coloca en el interior de la iglesia, aproximadamente en el centro.

Al entrar en el templo, la muchacha que lleva la cesta en la cabeza deja el plan sobre la «sepultura» del caserío del difunto, y se retira a la última fila de sillas, bajo el coro, donde se han arrodillado ya el resto de las mujeres parientes del difunto, e incluso la dueña de la casa, e hijas de la casa. A arrodillarse en la «sepultura» del caserío acuden dos «etxeikonak» (vecinas). Una de ellas cuida de que la luz de «argizaiola» no se apague en el funeral, y la segunda es la que se encarga de llevar en el ofertorio la ofrenda de la «olatia» (panecillo) al sacerdote. Este pan es el que al comienzo del funeral ha dejado la joven sobre la «sepultura».

Cuando termina el funeral se lleva el cadáver a la capilla del cementerio, y al día siguiente lo entierra el sepulturero. Hasta hace unos años, finalizado el funeral, salían los hombres al pórtico, donde habían dejado el cadáver, y rezaban allí tres o cuatro responsos junto con el sacerdote, marchando seguidamente hacia el cementerio. Una vez que se iniciaba esta marcha, las mujeres salían también al pór-

tico, encabezadas por las «etxeonak» que habían estado arrodilladas en la «sepultura» de la casa, y rezaban allí también otros tres o cuatro responsos.

El día del funeral se coloca en la sepultura la «manta-beltza». Sobre esta tela negra las «argizaiolak» de la casa, un hachero con dos hachas, más la cruz alzada de la parroquia, con crespón negro. Antes de comenzar el funeral una mujer de cada caserío del pueblo coge una de las «argizaiolak» de su «sepultura» y la coloca, con la vela encendida, en la «sepultura» del caserío de la persona fallecida. Y así permanecen también las «argizaiolak» durante el «Novenario».



"ARGIZAIOLA" DE ELOSUA

35 x 15 cms.

Una vez que ha quedado colocada la «manta-beltza» en la «sepultura» de la casa, el día del funeral, la esposa del difunto no se arrodillará más sobre su sepulcro hasta que al cabo del año se retire la tela negra. Durante ese tiempo, y en toda función religiosa, se arrodillará en la última fila de las sillas, bajo el coro, como lo hizo durante el funeral, y podrán ser sus hijas las que se arrodillen en la sepultura de la casa (o vecinas u otro familiar), encendiendo las velas, pero nunca ella durante ese año primero, hasta cumplirse y celebrarse el primer aniversario.

El día de Todos los Santos y Animas las mujeres colocan junto a las «argizaiolak» un candelabro («kandeler») con vela («kandela»). Así lo hacen también durante el resto de los domingos del mes de noviembre.

Después de abandonar las «sepulturas» del interior de las iglesias, tras la orden de Carlos III, se trasladó el cementerio junto a los muros de la iglesia. A este lugar todavía se le conoce por el nombre de «cementerio-zarra» (cementerio viejo), y queda de él una pequeña cruz de piedra incrustada en la pared de la parroquia. Al construirse la actual carretera, y llegar hasta la misma iglesia, en la excavación de la obra aparecieron muchos huesos. El local que servía de capilla del cementerio es actualmente un anexo de la parroquia.

Parece ser que fue en 1872 cuando se construyó el nuevo cementerio, en las proximidades del camino al barrio de Aizpurutxo, al pie mismo de la peña «Gaztelu», que guardó al castillo de Elosua. En el dintel del cementerio lleva grabada la fecha 1872, y la frase «Acor datu zaiteste guzaz» (acordaos de nosotros). Aquí existe un lugar para los niños muertos antes de nacer, o sin bautizar. Está determinado en el interior del camposanto. Junto a uno de los muros, a corta distancia, han puesto una hilera de piedras que marcan una línea. Pues bien, el espacio comprendido entre esta hilera de piedra y el muro es el destinado a estos niños.

De Elosua dependía hasta hace 25 ó 30 años, en que se hizo parroquia y se construyó cementerio, la barriada de Aizpurutxo. Los habitantes de este barrio debían subir en funerales y entierros hasta Elosua, siguiendo para ello un penoso y pendiente camino. Todavía se conserva junto a la iglesia de San Andrés de Elosua una mesa de piedra conocida por «il-arria» (la piedra de los muertos), en la que los vecinos de Aizpurutxo dejaban el cadáver, mientras las mujeres y los hombres que habían venido en la conducción descansaban se arreglaban y cambiaban de calzado.

Todavía las ancianas de la aldea dicen que la luz de cera de las «argizaiolak» alumbran, dan luz, a los difuntos, y por eso las encienden. Naturalmente esta idea tan antigua está dando paso a aquella que considera la luz como un sufragio.

En torno a estas creencias, se recuerda que los abuelos solían decir, sobre todo en otoño, cuando existe una florecilla que desprende un olor fuerte a aceite, que ese olor característico era que las ánimas del purgatorio estaban pidiendo oraciones, y que cuando se oía había que rezar un responso.

También se cuenta que en Elosua vivía una marquesa. Un día su hija, al realizar la ofrenda de la «Opilla», en el ofertorio, vio cómo se le caía un pedacito de su panecillo al suelo y por soberbia no lo recogió. A los días se puso muy enferma. La visitaron muchos médicos y nadie la podía sanar. Una noche subió un vecino de Elosua por el camino que lleva de Azcoitia a Elosua, por Urrategui, y escuchó unas risas en el bosque. Se acercó cautelosamente y vio que eran unas brujas que reían y hablaban. El hombre, asustado, se subió a un castaño, y pudo oír cómo decían que la hija de la marquesa moriría a la noche siguiente, pues nadie sabía que el único medio de que sanara era que comiera el trozo de «opilla» que había dejado caído en la iglesia, trozo que ahora tenía en la boca una rana que estaba escondida bajo los bancos del pórtico de la parroquia de San Andrés de Elosua. Al amanecer las brujas marcharon, y el hombre pudo continuar su camino. Cuando llegó a su aldea fue a casa de la marquesa y nadie le creyó lo que contaba, pero como la hija se ponía cada vez peor, decidieron hacerle caso, pues con ello nada se perdía. Fue el hombre hasta el pórtico, y allí, bajo uno de los bancos, encontró a la rana que tenía el pedazo de pan. Marchó a casa de la marquesa y dieron el pan a la hija, que sanó inmediatamente.

BIBLIOGRAFIA

- José Miguel Barandiarán.—Creencias y ritos funerarios, en Anuario de Eusko-folklore. Vitoria, 1923.
Louis Colás.—La tombe basque. Bayone, 1923.
Bonifacio Echegaray.—Significación jurídica de algunos ritos funerarios del País Vasco. San Sebastián, 1925.
Eugeniusz Frankowski.—Estelas discoideas de la península Ibérica. Madrid, 1920.
Luis Pedro Peña Santiago.—La argizaiola vasca. San Sebastián, 1964.